

ALBERTO M. BROWNE

**Cultura universitaria
y escuela secundaria**

En la lista de temas para trabajos prácticos de Literatura Castellana, en el curso de 1935 del profesor Ricardo Rojas, figuraba la pregunta: "Utilidad de los manuales de literatura castellana en la enseñanza secundaria". El profesor indicó en clase que le interesaban los siguientes puntos: a) experiencia personal del alumno; b) idea acerca de mejoras en la enseñanza derivadas de esa experiencia; c) utilidad del manual. Publicamos a continuación el trabajo del alumno Alberto Browne.

Una característica de nuestra universidad

La universidad tiene una doble misión: primero, dar al estudiante una sólida cultura general; segundo, facilitar en él el desarrollo de una cultura especial que le sirva como base o fundamento para las actividades propias de una profesión, al mismo tiempo que un conocimiento técnico que lo habilite para el ejercicio de la misma.

La universidad argentina (me refiero genéricamente a todas las universidades argentinas) no se preocupa de impartir a sus educandos una cultura general y reduce sus actividades a la preparación técnica de profesionales; el resultado es que la universidad no puede garantizar la cultura ni la moral de sus egresados y sí, solamente, sus capacidades técnicas.

El esfuerzo requerido al alumno para preparar sus exámenes en cuestiones de carácter puramente técnico es, a veces, tan considerable que el estudiante universitario por lo general dispone de menos tiempo que otras personas de hábito estudioso y que no cursan estudios superiores, para adquirir una cultura general; por lo tanto es menos culto que aquellas en muchísimos casos. La primera consecuencia de esta singular situación es el desprestigio creciente de los títulos universitarios. Un abogado es un "ave negra", un médico un "matasanos", etc; ¡lo malo del caso es que frecuentemente el médico es en verdad un "matasanos" y el abogado un "ave negra"! Como a la mayor parte de los profesionales les falta cultura, el público se la niega a todos y llega a considerar a quien ejerce una profesión liberal, como un negociante; el abogado

negocia en pleitos, el médico negocia en enfermedades.

Hoy los médicos pagan patente y en el documento que extiende la Municipalidad de la Capital, dice: ... "por su negocio de médico establecido en..." por donde se ve que las autoridades edilicias también consideran el ejercicio de la medicina como un "modus vivendi" comparable a la venta de tallarines o a las actividades de un taller mecánico.

Ahora bien, si esto pasa en el público, nace en la Facultad.

Se nota generalmente en la gente de escasa o ninguna cultura una de dos reacciones: o se prosternan ante "lo intelectual" como ante un ídolo, o lo desprecian profundamente. Los que reaccionan en la primera forma son los que Aldous Huxley ha llamado "hipócritas intelectuales", haciendo notar que en nuestro siglo ya no existen hipócritas morales, porque las restricciones morales son mínimas, pero en cambio hay hipócritas que fingen un interés en ciertos placeres espirituales que están lejos de sentir, dada su escasa cultura, pero que se creen con el deber de alabar. (1)

Otros incultos, que no temen a la crítica pública porque se escudan en su conocimiento de alguna especialidad técnica, demuestran a las claras un profundo desprecio por todo lo que no sea su propia especialidad. Este pseudo-especialismo que hace alarde de incultura está muy difundido en nuestro ambiente universitario, no sólo entre los alumnos sino entre los profesores; a consecuencia de esto los planes de estudio no contemplan las necesidades culturales del alumno. Esta actitud anticultural es también manifiesta en los programas de examen para los candidatos a ingreso a las distintas facultades. Así, en la Facultad de Ingeniería se exige un conocimiento de matemáticas; en la Facultad de Ciencias Médi-

(1) Estas infundadas pretensiones de cultura, constituyen una manifestación del complejo de inferioridad, típico de la gente que no conoce su propia inferioridad. Son los "snobs" de los ingleses.

cas un conocimiento de química; pero la cultura general de los aspirantes no se toma en cuenta para nada.

La esclavitud mental ante el Dios de la Técnica, es tan abyecta que sus feligreses no se animan a demostrar una aspiración de la cultura. Esta gente cree sinceramente que los intelectuales son como los ladrones; el especialista "carterista" no puede bajo ningún concepto cometer un robo con violación de domicilio y el médico debe ser una especie de Dr. Sangrado con un nivel cultural de verdulero.

Hace poco tiempo, en un concurso para la provisión de un puesto de profesor adjunto de Clínica Médica, uno de los candidatos, distinguidísimo profesional, hombre de gran erudición y actualmente profesor adjunto de fisiología, que unía a su preparación especial una gran experiencia pedagógica (más de 800 clases dictadas en aulas universitarias), fué considerado poco apto por la mayoría de las personas presentes en el acto del concurso *por saber mucho de fisiología!* Les parecía imposible que tuviera una buena preparación en Fisiología y en Clínica Médica. ¡Y la Fisiología es la base de la Clínica Médica! ¡Es como rechazar a un cirujano por saber demasiada anatomía!

En resumen: Las Facultades de la Universidad Argentina son simples escuelas técnicas, donde se coloca al alumno en condiciones de llevar a cabo un estudio más o menos fecundo de ciertas disciplinas científicas y de ciertas técnicas apropiadas para el ejercicio de una profesión, pero se deja de lado por completo todo aquello que pueda contribuir a la adquisición, por parte del estudiante, de una cultura general.

Necesidad para el profesional de poseer una cultura general.

Ha quedado sentado que la Universidad debe preparar a sus alumnos para que puedan ejercer con decoro una profesión liberal. Ahora bien, la profesión liberal se diferencia de cualquier otro arte, profesión u oficio, no por su aspecto téc-

nico (ya que en todo arte, profesión u oficio hay una técnica) sino por su objeto; este *objeto es el hombre*. El médico se ocupa del hombre enfermo, el abogado del hombre que se encuentra en dificultades en sus relaciones con sus semejantes, el sacerdote del hombre en dificultades espirituales, el catedrático del hombre que lucha con su propia ignorancia, etc. EL HOMBRE (con mayúsculas) es el objeto común. Ahora bien, el profesional tiene que actuar con el hombre real, el hombre concreto. Pongamos el caso del médico. Sus concepciones podrá hacerlas teniendo en cuenta ese ser abstracto, que es el hombre enfermo, pero cuando llega a la práctica tiene que enfrentarse con un hombre real, concreto, uno, indivisible por medio de abstracciones del espíritu. Por eso Carrel ha dicho: "La tragedia de la misión del médico es que tiene que realizar un imposible: hacer una ciencia de lo particular". El conocimiento de lo humano y más especialmente de los problemas humanos es indispensable para el ejercicio consciente de una profesión liberal. Si se ha olvidado esta verdad es porque se ha tenido un concepto equivocado de lo que es un especialista. Se ha creído que un especialista es quien conoce un sector de la realidad. Este concepto es profundamente erróneo. El concepto de especialista no es de carácter gnoseológico, sino pragmático. *Especialista es quien aplica sus conocimientos, no sólo especiales sino generales, a una sola finalidad*. Así como la lente convergente reúne los rayos luminosos en un solo punto, el foco, también la especialidad reúne toda clase de conocimientos, los canaliza y los aplica a una sola finalidad.

El médico, por lo tanto, no sólo debe ocuparse en el estudio de aquellas disciplinas que parecen más afines con su actividad profesional, sino que debe tratar de adquirir toda clase de conocimientos; como médico es un especialista, porque utiliza todos estos conocimientos dispersos, dispares, para aplicarlos a un solo fin: la curación, el alivio o el consuelo del hombre enfermo.

Elementos básicos de la cultura

Este conocimiento del hombre, de los problemas humanos y de las distintas reacciones que al hombre de diversas edades y de diversas patrias provocan esos problemas, es el objeto de la cultura.

La esencia, el núcleo de la cultura es la capacidad de comprensión, la actitud de simpatía hacia los problemas humanos. No puede haber una regla fija para llegar a adquirir esta actitud; tampoco puede transmitirse en forma objetiva, por medio de métodos pedagógicos.

Lo que sí puede enseñarse es el conjunto de elementos básicos para la adquisición de la cultura. Estos elementos son:

- a) *Un conocimiento de la historia de la cultura*: es decir de los problemas humanos, de las soluciones propuestas, de la angustia del hombre en su eterna lucha por su propia superación.
- b) *El ejercicio de la facultad de comprensión*: esto es la acentuación de las capacidades críticas, sobre todo en cuanto a la literatura; hay que aprender a leer con espíritu crítico.
- c) *El ejercicio de la facultad de pensar lógicamente*: el estudio de los problemas filosóficos es admirable para ese objeto.
- d) *El ejercicio de la facultad de expresión*: el dominio del lenguaje es fundamental; es inútil pensar bien si no se puede expresar correctamente lo pensado; nada puede ser más desagradable en quien se ocupe de una disciplina intelectual que la oscuridad de expresión.

Por esto creo que podemos hablar de incultura general y además de inculturas especiales, por carencia de elementos básicos de la cultura. Así una vida agitada, accidentada, puede poner a un hombre en contacto con tantos problemas humanos, con tanto dolor humano que ese hombre adquiere la actitud especial que hemos dicho ser la esencia de la cultura;

pero puede ser que ese hombre sea un analfabeto. Es el caso del gaucho que tenía una actitud ética profundamente arraigada en el espíritu y a quien la vida en la pampa había dado un concepto de mundo que le era propio, pero que había adquirido por tradición oral y por la acción de la naturaleza virgen con la cual constantemente contactaba. Se puede hablar de incultura de expresión, de comprensión, de erudición, de lógica.

Porqué los elementos básicos de la cultura deben ser impartidos por la Universidad.

Si estamos de acuerdo sobre la necesidad de la cultura para el profesional y en qué consiste y cuáles son los elementos básicos de esa cultura, se nos presenta el problema siguiente: ¿Es necesario que el universitario adquiera esos elementos integrantes de su cultura en la Universidad? ¿O puede llegar a la Universidad después de haberlos adquirido en otro centro de estudios (la escuela secundaria p. ej.)?

La diferencia entre la enseñanza universitaria y la que imparten las escuelas secundarias no es sólo cuantitativa sino cualitativa.

La diferencia de calidad estriba en el *carácter crítico* del estudio en la Universidad. En la Universidad el profesor al impartir su enseñanza "ex cathedra" lo hace con la condición de que los alumnos investiguen en las fuentes la verdad de sus afirmaciones; lejos de obstaculizar la crítica de su clase la favorece. Tomemos un ejemplo práctico: la enseñanza de la anatomía. Es cierto que en la Facultad de Medicina se enseña un conocimiento anatómico cuantitativamente mayor que en la escuela secundaria; pero también, y he aquí el *carácter universitario* de la enseñanza, se obliga al alumno a practicar disecciones sobre el cadáver para que pueda comprobar por sí mismo la verdad de las afirmaciones contenidas en el libro de texto o en las clases del profesor. Repito: es

ese espíritu crítico que obliga al alumno a buscar en las fuentes mismas la comprobación de la verdad de las enseñanzas que recibe, que constituye el *carácter específico* de la enseñanza universitaria.

Por eso si decimos de alguien que tiene cultura universitaria, estamos expresando nuestra opinión de que esa persona ha adquirido los elementos básicos de la cultura en un ambiente donde predomina el espíritu crítico de que hemos hablado; tal ambiente no puede existir con propiedad fuera de la universidad.

Cómo puede evitarse el defecto más grave de la universidad argentina.

He llamado ya la atención sobre la necesidad para el alumno universitario de adquirir los elementos de cultura en la Universidad y el descuido en que ésta tiene esa faz de su cometido.

El remedio para este defecto es muy sencillo.

Consiste en establecer un curso de cultura general que sea común para todos los alumnos de la Universidad, y que sea previo al ingreso a las Facultades especiales. La ventaja de este sistema sería que el alumno llegaría ya a la Facultad de su predilección con un bagaje cultural de tipo universitario y algunos años más de edad de manera que podría elegir, por sí mismo, sin hacer caso de presiones externas (como la de los padres, etc.) la carrera que más le conviniese. Creo firmemente que de esta manera se reduciría considerablemente el número de estudiantes sin vocación alguna, que siguen una carrera por razones externas a ellos mismos y que luego en el ejercicio de la profesión que el azar, más que otra cosa, les ha deparado, por su misma falta de vocación, la desquician.

Por otra parte este sistema es el que se practica en otros países como Inglaterra y Estados Unidos de Norte América.

Misión de la escuela secundaria.

La escuela secundaria es, ante todo, una escuela preparatoria; ninguna consideración a su respecto puede olvidar ese carácter fundamental. Como escuela preparatoria no puede exigírsele profundidad en la enseñanza, sino visión panorámica de las cosas. El estudio secundario es extenso; el universitario intenso. He ahí una diferencia esencial. El carácter de extensión requerido a los programas de estudio de la escuela secundaria, y la edad de los alumnos que a ella concurren, impiden, de todo punto de vista, dar un carácter universitario a la cultura general que en ella se imparte.

Por eso el espíritu crítico que hemos considerado esencial en la enseñanza universitaria, debe por fuerza faltar en la escuela secundaria.

Misión actual de la escuela secundaria entre nosotros.

En el momento actual de la evolución de la enseñanza en nuestro país, los defectos de la universidad, anotados más arriba, obligan al profesor de enseñanza secundaria a desvirtuar el objeto propio de la misma; a tratar de realizar dentro de la escuela una universidad en pequeño. Si en algún momento el alumno ha de adquirir el espíritu crítico, esencial en la universidad, aplicado a la cultura general, ese momento debe ser, por la fuerza de las circunstancias, el de su tránsito por la escuela secundaria. Ahora bien, he dicho que esto es imposible. Sin embargo puede obtenerse, en forma aproximada, por la dedicación a una materia que puede servir para despertar en el alumno ese espíritu crítico y al mismo tiempo es fundamental para desarrollar en él un anhelo de superación cultural: me refiero a la historia de la literatura y más especialmente a la historia de la Literatura Española.

Importancia de la enseñanza de la historia de la literatura española en la escuela secundaria.

He dicho que las características de la enseñanza secundaria impiden al alumno de la misma concurrir a las fuentes para comprobar por sí mismo la verdad de las enseñanzas que ha recibido del profesor o el libro de texto. Esto es cierto en casi todas las materias; muchas razones impiden que un alumno secundario practique disecciones anatómicas en cadáveres humanos. p. ej. O investigaciones sobre documentos históricos para poner otro caso. En cambio nada impide que un estudiante secundario que estudia historia de la literatura española lea las obras que se mencionan en clase o en su libro de texto, y forme un juicio propio a su respecto. Por esta razón la literatura constituye una materia de excepción, que puede servir de transición entre el modo secundario y el modo universitario.

Sirve para desarrollar el espíritu crítico en el alumno y ese ejercicio crítico, realizado en las fuentes literarias, le obligan a adquirir el hábito de la buena lectura y al mismo tiempo le proporcionan materiales preciosos que le servirán como elementos básicos de una cultura general. ¿Qué problema humano no ha sido tratado en la literatura? Dos de los elementos que hemos considerado básicos de la cultura, la facultad de comprensión y la de expresión, podrá adquirirlos el alumno en el estudio de las obras clásicas de la literatura. Y esto es especialmente importante por cuanto precisamente la incultura de expresión es una de las consecuencias más desastrosas de la incultura general de nuestros egresados universitarios.

Objetivos que debe perseguir el profesor de historia de la literatura española en la escuela secundaria.

El profesor que enseña Historia de la Literatura Española en la escuela secundaria debe tratar de cumplir los si-

güientes propósitos:

- a) Dar al alumno una visión panorámica y orgánica de la evolución de la cultura literaria en España e Hispano-América.
- b) Conseguir que se desarrolle en el alumno el interés por las cosas literarias, tanto del punto de vista de la comprensión como de la expresión.
- c) Tratar de que el alumno lea en forma crítica el mayor número de obras fundamentales posible.
- d) Contribuir a mejorar o perfeccionar la cultura de expresión de los alumnos, comentando las formas de expresión de las obras en estudio y obligando a éstos a escribir con frecuencia sobre temas especiales referentes a la materia, para luego corregirles señalando los principales defectos de que adolezcan esos escritos.

De esta manera el alumno, al mismo tiempo que adquiere una idea global de lo que ha sido la evolución de la literatura en España (objeto fundamental de la enseñanza secundaria) obtendrá también un esbozo de cultura de tipo universitario, que le tendrá que servir mientras la Universidad no le proporcione otra mejor.

¿Se cumplen estos objetivos?

Seguramente no. A colación traeré mi experiencia personal como estudiante del idioma nacional en uno de los colegios nacionales más importantes de la capital. Como se verá la enseñanza de los medios de expresión está muy descuidada y es casi totalmente ineficaz.

En primer año estudiamos gramática castellana con un profesor italiano (era también profesor de italiano en 5.º año); este buen señor dictaba unas anotaciones, llenas de reglas gramaticales, que nosotros (los alumnos) copiábamos en un cuaderno; era parte integrante de este procedimiento pedagógico recitar luego las reglas antedichas más o menos de memoria.

El aburrimiento más terrible carcomía nuestros espíritus durante esta clase. La disciplina era severa.

En segundo año continuamos nuestras investigaciones gramaticales con un pobre hombre que el destino por una travesura había llevado al sitio del maestro; era conocido entre los alumnos por el apodo poco elegante de "el gallego pan y cebolla", extraño nombre que derivaba en parte de su origen y marcado acento español y en parte por haber hecho en una de sus primeras clases la temeraria afirmación de que "el soldado español con pan y cebolla se mantiene". Tenía la peregrina idea pedagógica de que para aprender gramática castellana basta leer el "Quijote" sin comentario alguno. Hacía pasar al frente a algún alumno, que inmediatamente se consideraba como víctima, para que leyese algún capítulo del "Quijote" mientras el resto de la clase leía con gran fruición revistas con historias de aventuras de pesquisantes, etc. La disciplina, como se ve era nula; lo cual permitió que en nuestra jerga estudiantil lo clasificáramos de "un buen tipo".

En tercer año, vuelta a las anotaciones dictadas, y las reglitas, esta vez de sintaxis; aburrimiento de tumba; odio más intenso a la gramática. El resultado obtenido después de tres años de estudio del idioma español, fué saber que existía una obra que se llamaba "Don Quijote de la Mancha" que convenía leer pero era muy aburrida y que existían reglas gramaticales, cuyo estudio era más aburrido todavía, y que no servían para nada, por cuanto siempre que uno deseaba aplicarlas resultaba que el caso en cuestión era una excepción y no encuadraba en las reglas; que por otra parte no recordábamos. Además de todo esto odiábamos de corazón a la gramática.

En cuarto año debíamos estudiar literatura preceptiva. Nuestro profesor era Don Víctor Arreguini, fallecido hace años (esto era en 1918) de quien tengo un recuerdo imborrable. Fué sin duda uno de mis mejores maestros. Aún lo veo,

viejito ya, dictando su clase, parado, con un pie apoyado en un banco, la larga boquilla con su cigarrillo encendido siempre entre los dedos; aún oigo su voz gangosa, por la irritación laríngea consecutiva al extraordinario abuso del tabaco, su voz gruesa, lenta, que recitaba versos y más versos; sabía infinidad de versos y los recitaba con lentitud, como paladeándolos y lo mismo recitaba el "nocturno" de José Asunción Silva, que los amores del Archipreste de Hita. Desarrolló en nosotros, sus alumnos, el amor por las cosas literarias y por eso tengo para con él una deuda de gratitud impagable. Leí ese año el "Libro del Buen Amor" y muchas otras obras españolas clásicas, y no españolas, p. ej.: "La muerte de los Dioses" De Merejousky.

Al fin de ese año, decidí rendir examen de quinto año como alumno libre, con el objeto de adelantar mi ingreso a la Universidad, ya que estaba bastante cansado del colegio nacional. Estudié entonces Historia de la Literatura Española en el manual de Fitz-Maurice Kelly. Pero aleccionado por el profesor Arreguini, quien me había hecho ver con claridad, durante el curso de cuarto año, que la literatura se aprende en las obras y no en los libros de texto, leí, por lo menos una obra de cada uno de los principales autores mencionados. El libro de Fitz-Maurice me sirvió de catálogo y para ubicar a los distintos autores en el tiempo. De la sinceridad con que estudié esta materia, da fe el hecho de haber leído dos libros (los dos primeros) de las aventuras de aquel esforzado caballero Amadís de Gaula (no pude terminar la lectura, porque al terminar el segundo libro estaba de endriagos, y otras bestias, incluyendo entre ellas a los caballeros, hasta la coronilla).

El factor tiempo como causa de la deficiente enseñanza del idioma nacional.

Ni alumnos ni profesores son responsables de este estado de cosas; la falta de tiempo, que los planes de estudio prepa-

rados con un espíritu excesivamente intelectualista, escatiman a la enseñanza de los medios de expresión, obliga a los primeros a dejar de lado la lectura de las obras y a los segundos a apoyarse en el "manual" como medio de impartir un conocimiento esquemático y, a decir verdad, vacío de contenido.

Los buenos profesores superan muchas dificultades, pero la falta de tiempo es siempre una traba opuesta al pleno desarrollo de su actividad cultural.

Utilidad del "manual".

Un alumno que estudia Historia de la Literatura Española con un buen profesor no tiene necesidad de libro alguno. Si el alumno estudia sin profesor y no tiene un concepto exacto de cómo se debe estudiar esta materia (es decir con la lectura de las obras) el libro es también inútil y si se quiere perjudicial.

Si el alumno carece de profesor y tiene un concepto exacto de la forma correcta de estudiar historia literaria (como me aconteció a mí en 5.º año del Colegio Nacional y ya he relatado porqué), el libro puede servir de catálogo de obras; además le permite al alumno conocer aquellos datos biográficos que normalmente le comunicaría el profesor.

Una reforma que creo útil en los planes de estudio de las escuelas secundarias.

En los planes de estudio de las escuelas secundarias se estudia historia de la Literatura Española en un solo año; el quinto.

El tiempo que tiene el profesor a su disposición es extremadamente escaso.

Ahora bien, se enseña gramática castellana durante tres años y literatura preceptiva otro año. Considero que la enseñanza de estas materias en forma abstracta es muy cargosa

para los alumnos y completamente inútil. ¿Quién recuerda reglas gramaticales?

En esta forma se pierden tres años, por no decir cuatro, que podrían ser utilizados de la siguiente manera:

En todos los años de la escuela secundaria se enseñaría literatura española. Esa enseñanza se haría a base de la lectura de obras. Se haría una selección de obras, clasificándolas de acuerdo a la capacidad gradualmente creciente del alumno. El profesor comentaría estas obras, dando datos biográficos del autor, datos históricos que permitan al alumno ubicarlas en el tiempo, comentarios gramaticales y estilísticos. Por otra parte los alumnos tendrían la obligación de escribir con gran frecuencia sobre motivos anexos a la materia (comentarios sobre lecturas, p. ej.) y la corrección en clase de los errores cometidos, podrían ser la base de una enseñanza de la gramática castellana; pero una enseñanza viva, con el ejemplo a la vista: ya sea el ejemplo del error en el escrito del alumno, como el ejemplo de la perfección en la obra clásica. Se obtendría con este sistema despertar el interés del alumno por las cosas literarias y más aún por las cosas gramaticales, que el estudiante secundario generalmente odia profundamente. Quien despierta en sus alumnos un anhelo de superación cultural ha cumplido con la fundamental exigencia ética del magisterio.

Resumen.

1.º La cultura universitaria entre nosotros es deficiente, porque falta la cultura general que es su esencia; esa cultura puede existir en un egresado de la Universidad pero la ha adquirido por iniciativa propia; la Universidad no se la ha proporcionado.

2.º Este defecto se puede subsanar, obligando a todo estudiante universitario a seguir un curso de cultura general, que sería común a todas las facultades.

3.º Mientras no se subsane este defecto es necesario que las escuelas secundarias proporcionen al alumno el maximum posible de cultura general y por lo menos desarrollen en él un anhelo de superación cultural.

4.º Entre las fallas más graves de cultura general que afligen a los universitarios argentinos los defectos de expresión por medio de la palabra escrita son de las más importantes.

5.º La enseñanza de la historia de la Literatura Española constituye, si se realiza correctamente obligando a los alumnos a leer las obras y a escribir frecuentemente, uno de los medios más preciosos para que éstos adquieran un idioma bello, sencillo y preciso. Además es un medio de realizar dentro de la escuela secundaria, un tipo de enseñanza, inspirada por un espíritu crítico a la manera universitaria.

6.º El libro de texto es sólo útil como guía para el alumno que no tiene la ventaja de ser dirigido por un buen profesor. No puede servir para quien no tenga un concepto exacto de cómo se debe estudiar historia literaria.

ALBERTO M. BROWNE

